El Pecado: Lo Que Poco Se Predica // Miguel Díez

La importancia del lenguaje espiritual y la palabra de Dios

El texto afirma que el nombre “Jesucristo” posee un peso espiritual único, porque representa al Dios encarnado que vino a salvar a la humanidad. Sin embargo, resulta llamativo que este nombre se utilice menos que la palabra “Dios”, un término más general que aparece en múltiples religiones y tradiciones. El texto enfatiza que las palabras bíblicas no deben suavizarse ni sustituirse por expresiones más cómodas. Por ejemplo, cambiar “pecado” por “error” debilita la verdad espiritual, porque el pecado no es simplemente una equivocación humana, sino una ofensa moral y espiritual que afecta profundamente la relación con Dios. Por eso, el lenguaje bíblico debe conservarse con su fuerza original.

El pecado, la condenación y el infierno

Se explica que temas como el pecado, la condenación y el infierno han sido evitados en la época moderna, quizá por incomodidad o por miedo a confrontar la realidad espiritual. No obstante, Jesús los mencionó con claridad porque son esenciales para comprender que cada ser humano es responsable de sus actos. Mientras un error puede corregirse con instrucción o experiencia, el pecado es algo más profundo: es una rebelión contra la voluntad divina. Según el evangelio de Juan, el Espíritu Santo es quien ilumina la conciencia, revelando al corazón humano su necesidad de arrepentirse y buscar el perdón de Dios. Sin esa intervención espiritual, la persona permanece ciega a su propia condición.

La naturaleza del pecado y la necesidad de arrepentimiento

El pecado se presenta como una fuerza que nace desde el interior del ser humano, manifestándose en actitudes como egoísmo, orgullo, mentira o injusticia. Por eso no basta con intentar ser “mejor persona” por esfuerzo propio; es necesario un arrepentimiento genuino, que implique un cambio de mente y de dirección. El texto recalca que suavizar la palabra de Dios es peligroso, porque impide reconocer lo que realmente debe transformarse. Jesús llamó a negarse a uno mismo, a tomar la cruz y a seguirle, un mensaje que confronta el deseo natural de vivir cómodamente o según los propios criterios. El arrepentimiento, por lo tanto, no es solo remordimiento, sino un acto profundo donde la persona abre su vida a la corrección divina.

El mayor pecado y el rechazo a Jesucristo

Aquí se sostiene que el pecado más grave es no creer en Jesucristo, porque implica rechazar al único que puede salvar. Desconfiar de Él equivale a considerar falsas sus enseñanzas, su sacrificio y su identidad divina. Jesús afirmó que sus palabras son espíritu y vida, pero también que muchos tropiezan en ellas porque exponen la verdad del corazón humano. Sus enseñanzas separan lo superficial de lo eterno, lo humano de lo divino, lo carnal de lo espiritual. Las personas tropiezan cuando no quieren permitir que esa palabra penetre en su vida y produzca el cambio necesario. Creer en Jesús es más que aceptar una idea; es abrazar su autoridad y su verdad.

La justicia por la fe y las condiciones del arrepentimiento

La justicia de Dios no se obtiene mediante méritos humanos, sino por medio de la fe en Jesucristo, quien pagó el precio por la humanidad. Sin embargo, el perdón no opera

automáticamente: según el texto, Jesús estableció condiciones claras para recibirlo, como arrepentirse de corazón, confesar los pecados, renunciar a ellos y pedir perdón a Dios. Estas condiciones no son cargas religiosas, sino una guía para que el creyente experimente una transformación auténtica. También se explica que la sociedad moderna ha perdido en gran parte la conciencia del pecado debido a filosofías y tendencias que exaltan el ego, la satisfacción personal y el relativismo moral, lo cual debilita la capacidad de discernir entre el bien y el mal.

La verdad que libera y la esclavitud del mundo

Jesús enseñó que solo quien permanece en su palabra puede conocer la verdad y experimentar la verdadera libertad. Según el texto, el pecado está profundamente ligado a la mentira, porque promete satisfacción y libertad pero termina esclavizando. Muchas personas confían en tradiciones, religiones heredadas o identidades culturales, sin darse cuenta de que ninguna de estas puede liberar del pecado. El pecado esclaviza mediante hábitos, deseos desordenados y afectos que roban la paz interior. Entre ellos, se menciona la avaricia y el amor al dinero como fuerzas particularmente dominantes, capaces de ocupar el lugar de Dios en la vida de una persona.

La avaricia, la religión y la falsa libertad

La avaricia se describe como un apetito insaciable: quien ama el dinero nunca se siente satisfecho. El texto no condena el uso del dinero, sino su idolatría, es decir, convertirlo en un fin absoluto. Del mismo modo, señala que la religión externa, cuando se practica sin una relación verdadera con Dios, puede convertirse en una forma de esclavitud. Ninguna institución religiosa, por sí sola, tiene poder para salvar o transformar

el corazón; solo Jesús puede hacerlo. La historia demuestra que incluso estructuras religiosas han dañado a personas cuando han sustituido la voz de Dios por normas humanas.

Las buenas obras y la acción del Espíritu Santo

Se resalta que ninguna persona puede realizar buenas obras verdaderas sin la guía de Dios, porque las buenas obras genuinas son aquellas que nacen del Espíritu Santo. La bondad no consiste en cumplir rituales ni aparentar moralidad, sino en dejar que Dios transforme los deseos y las intenciones del corazón. Jesús habló de “nacer de nuevo” como un requisito indispensable para entrar en el Reino de Dios. Este nuevo nacimiento no es una metáfora emocional, sino un cambio profundo que lleva al creyente a dejar de practicar el pecado y a caminar en obediencia.

Morir al pecado para vivir con Cristo

El texto enseña que quien se aferra al pecado, termina muriendo en él. Pero Jesús murió en lugar de la humanidad para abrir el camino a una nueva vida. Participar de esa vida requiere morir al ego, a la vieja naturaleza y a los deseos que se oponen a Dios. La fe, entonces, no es mera creencia, sino rendición. Cuando Cristo resucita en la vida del creyente, produce una transformación en la manera de pensar, sentir y actuar. La vida cristiana es un proceso continuo de abandono del pecado y crecimiento en la luz.